

329 EL ETERNO FEMENINO Y SU RELACIÓN
CON JESHUÁ BEN PANDIRÁ
APOLOGÍA GNÓSTICA DEL ETERNO FEMENINO

Samael Aun Weor

**329 EL ETERNO FEMENINO Y SU RELACIÓN
CON JESHUÁ BEN PANDIRÁ**

TÍTULO EN LA EDICIÓN IMPRESA ORIGINAL DE A.G.E.A.C.:

APOLOGÍA GNÓSTICA DEL ETERNO FEMENINO

NÚMERO DE CONFERENCIA: 329 (HASTA LA 5ª EDICIÓN: 216)

FUENTE EN AUDIO:SE DA POR PERDIDA

FECHA DE GRABACIÓN:1977/??/?? (ESTIMADA)

LUGAR DE GRABACIÓN:NO CONSTA

CONTEXTO:TERCERA CÁMARA

FUENTE DEL TEXTO:1ª EDICIÓN IMPRESA DEL QUINTO EVANGELIO

Ante todo se hace necesario platicar un poco sobre el Eterno Femenino y disertar algo sobre nuestro Señor el Cristo. Espero que todos pongan el máximum de atención.

Ciertamente Dios-Madre es el fundamento de esta gran Creación. Nosotros necesitamos identificarnos cada vez más y más con el Eterno Femenino. Debemos ver en cada mujer la representación viva de ese Femenino Eterno. Obviamente, la mujer nace para una santa predestinación, que es la de ser madre. Hasta una niña es la representación del Eterno Femenino, cualquier doncella es una madre en potencia.

Si hacemos una recordación de aquella mujer que nos meció en la cuna y nos alimentó con sus pesados pechos cuando éramos niños, encontraremos allí un poema vívido, muy íntimo, natural y profundo, de una simplicidad extraordinaria y de una grandeza que siempre pasa desapercibida para todos esos “humanoides” que tienen la Conciencia dormida.

Quiero que ustedes hagan Conciencia de lo que es ese verso vívido, de lo que es esa melodía inefable del principio Femenino Eterno. Resulta demasiado compasiva la Gran Madre cuando nos brinda ese verso sin merecerlo, después que hemos sido perversos, que nos hemos arrastrado por el lodo de la tierra de existencia en existencia. Morimos y luego retornamos para ser mecidos en una cuna sin merecerlo, para ser amados por alguien que sólo ve en nosotros una esperanza; para ser conducidos por esa que es todo amor. Parece paradójico y no tendría explicación, si no existiera el Omnimisericordioso, el Eterno Padre Cósmico Común o Aelohim, como dijeran los antiguos.

Si retrocedemos un poquito en el curso de los años, lograremos (mediante el despertar) recordar a la madrecita que tuvimos en nuestra pasada existencia. Nos veremos allí otra vez en una cuna; llegarán a nuestros oídos los arrullos de aquélla que tuvo la esperanza puesta en nosotros, nos veremos dando los primeros pasos, llevados por sus brazos y si continuamos con el ejercicio retrospectivo, recordaremos, no la pasada existencia sino la antepasada. Habremos de hallarnos otra vez con un poema de éstos, con un arrullo en la niñez entre una cuna. Y así, continuando en forma retrospectiva hacia atrás, de siglo en siglo, de edad en edad, podremos sentir siempre los mismos cantos, los mismos arrullos; al Eterno Femenino siempre amándonos, llevándonos en sus brazos, alimentándonos con sus pechos, mimándonos. . .

Todas estas madrecitas que hemos tenido a través de los innumerables nacimientos, parece como si definitivamente se nos hubieran perdido en el tiempo, mas en verdad, todas ellas son la viva expresión de la Gran Madre Cósmica. En los ojos de nuestra Devi Kundalini Shakti, nuestra Madre Cósmica particular, individual, vemos el brillo de todos los ojos de las innumerables madrecitas que en el pasado tuvimos. En “Ella” (nuestra Divina Madre Kundalini); en “Ella” (nuestra Isis particular), están representadas nuestras madrecitas que nos han amado a través de los incontables siglos.

Por eso debemos amar de verdad a nuestra Madre Cósmica, viva representación del Eterno Femenino. Todas las madrecitas que han visto por nosotros a través del curso de la historia, todas las que nos arrullaron, todas las que nos alimentaron, en el fondo, son una y única: “Ella”, Isis (a quien ningún mortal ha levantado el velo), Neith, la Bendita Diosa Madre del Mundo.

Si pensamos en ese Eterno Femenino, en Dios-Madre, tenemos que nuestra Devi Kundalini particular, es un rayo de esa Bendita Diosa Madre del Mundo.

Así pues, el Eterno Femenino que ha visto por nosotros a través de tantos siglos, que nos ha mecido en tantas cunas, es “Ella”: nuestra Divina Madre. En “Ella” están personificadas todas las madrecitas del mundo, todas las que hemos tenido a través de las diversas edades. Afortunadamente, no las hemos perdido, han quedado en nuestra Divina Madre.

Si las gentes tuvieran la Conciencia despierta, sabrían valorar a ese ser que es la madre, mas las gentes tienen la Conciencia dormida y por ello son incapaces de

valorar realmente a esa criatura que es la madre. Es necesario pues, hacernos cada vez más conscientes de lo que es el Eterno Femenino.

Eso sí, no merecemos lo que se nos dio. Después de haber sido unos bribones, unos perversos, nos resulta una cuna y una madrecita que nos arrulla en sus brazos. Parece paradójico, repito, y si no fuera por la misericordia de aquél que no tiene nombre, resultaría inexplicable.

Desafortunadamente, cuando crecemos, el Ego se hace manifiesto. En los primeros años es la Esencia la que se manifiesta en la criatura y por eso es tan bello el niño, pero a medida que vamos creciendo la personalidad se desarrolla y el Ego se va expresando lentamente, hasta que al fin, definitivamente, entra en acción. Entonces nos volvemos distintos: los bellos pensamientos, aquéllos que teníamos en la cuna, se olvidan, se pierden. El encanto aquél de nuestros primeros años queda relegado al olvido, y las nobles intenciones que teníamos cuando éramos niños son pisoteadas, de ellas no quedan ni recuerdos. Alrededor de la Esencia se fortifica más el Ego, la personalidad se refuerza, adquiere ciertas modalidades, prejuicios, etc., y, obviamente, la Esencia queda archivada allá, en los trasfondos más profundos de la psiquis, relegada al más completo olvido. Al fin y al cabo, la personalidad con todos sus prejuicios, y al fin y al cabo el Ego manifestándose a través de la mente, reemplazan a la Esencia.

¿Dónde están esas nobles intenciones, aquellas intenciones que tuvimos cuando éramos pequeños? No queremos darnos cuenta de que fuimos niños; nos hemos olvidado de eso. Jesús el Gran Kabir dijo: “Hasta que no seáis como niños, no podréis entrar en el Reino de los Cielos”. Y hay algo que nos impide ser como niños: es este Ego que tenemos, este manojo de recuerdos, de pasiones, de temores, odios, rencores, lujurias, etc.

Si queremos nosotros la verdadera felicidad, no nos queda más remedio que recordar aquellas bellas intenciones que teníamos cuando éramos niños, antes de que el Ego tuviera oportunidad de manifestarse, antes de que la personalidad se hubiese formado; cuando aún dábamos nuestros primeros pasos, cuando a sí mismos nos hicimos bellas resoluciones, ciertas resoluciones que después se olvidaron, y se olvidaron cuando la personalidad se formó definitivamente; se olvidaron cuando el Ego entró en acción. Entonces nos volvimos otros y sentimos satisfacción en habernos vuelto otros y echamos al olvido la simplicidad, la inocencia, y ofuscados y alucinados hemos crecido.

¿Esta condición que tenemos de adultos complicados y difíciles es acaso superior a la inocencia que tuvimos? Se hace necesario, mis caros hermanos, comprender la necesidad de regresar al punto de partida original, de reconquistar la infancia en la mente y en el corazón y para ello sólo hay un camino: apelar a nuestra Divina Madre Kundalini, saber amar realmente a nuestra Divina Madre Kundalini, comprenderla. ¿Y en qué forma podríamos acercarnos a nuestra Divina Madre? Ante todo, queridos hermanos, aprendiendo a amar a nuestra madre terrenal, como punto de partida, ya que ella es la viva manifestación del Eterno Femenino; aprendiendo a amar a todas las madrecitas del mundo. Y en cuanto a nosotros

los varones, aprendiendo a ver en cada mujer una madre, a ver en ellas la viva representación del Eterno Femenino, porque si vemos a una mujer y lo primero que llega a nuestra mente es la lujuria, los pensamientos morbosos; entonces estamos insultando al Eterno Femenino, estamos pisoteando a nuestra Divina Madre, estamos vejando a aquélla que es todo amor.

Hay un dicho español que reza así: “Obras hacen amores que no buenas razones”. ¿De qué sirve que amemos a nuestra madre si no lo demostramos con hechos?, ¿de qué sirve que digamos que amamos al Eterno Femenino, a tal o cual criatura, si lo primero que llega a nuestra mente son los pensamientos de morbosidad y de lujuria? ¿Dónde está el amor al Eterno Femenino, a la Divina Madre? ¿Cuáles es; insultándola en esa forma, pisoteándola? Reflexionemos mis caros hermanos, reflexionemos... Hagámonos dignos, si es que queremos marchar realmente, de verdad, con Devi Kundalini Shakti; entonces nuestros corazones, inflamados por el amor, se acercarán a “Ella” y “Ella” a nosotros.

Nadie podría eliminar los “elementos inhumanos” que llevamos adentro sin la ayuda de “Ella”. Así como “Ella”, la madre, nos limpió cuando éramos niños, nos bañó; así como nos alimentó, así también la Divina Madre nos elimina todas esas suciedades que cargamos, todos esos espectros abominables que en su conjunto constituyen el Ego, el “mí mismo”, el “sí mismo”.

¿Creen ustedes que esta época es más bella que su niñez? Se equivocan, porque hasta que ustedes no reconquisten la infancia perdida en la mente y en el corazón, no podrán en modo alguno lograr la Liberación final.

Una de las pruebas por la que todo principiante pasa en este camino es la del Fuego. Cuando uno ha salido victorioso en tal prueba, obviamente tiene que entrar en el “Salón de los Niños”, (así se llama un templo muy especial donde siempre se es recibido a condición de haber triunfado).

Entonces los adeptos de la Fraternidad Blanca, todos con figura de niños, nos dan la bienvenida y cuando les saludamos: “¡Que la Paz sea con vosotros!”, o “¡Paz Inverencial!”, la respuesta es: “Y con vuestro Espíritu también”. ¿Por qué tienen ellos que darnos la bienvenida en forma de niños cuando salimos victoriosos en la prueba de Fuego? Obviamente, porque sólo con el Fuego podemos reconquistar la inocencia. Por eso es indispensable trabajar con el Fuego Sagrado, con esa Flama Santa del amor, sabiendo amar.

Al hablar del Fuego, no está de más recordar al Cristo Jesús en su cruz (al pie de ella está la Madre; no podía faltar “Ella”, ¡imposible!), y sobre la cruz el INRI, “Ignis Natura Renovatur Integram”, “el Fuego Renueva Incesantemente la Naturaleza”. Necesitamos encontrar al Gran Kabir dentro de nosotros. Cuando uno lee las Epístolas de Pablo el apóstol, con sorpresa puede verificar (por sí mismo) que él rara vez menciona a Jesús el Gran Kabir, al Cristo histórico, sino que siempre alude al Cristo íntimo.

Obviamente, el nombre Jesús viene de la palabra hebrea “Jeshuá”, que significa Salvador. Él es el Salvador que debemos buscar dentro de sí mismos, Él siempre

va en brazos de su Madre, es el Niño Horus (entre los egipcios), siempre en brazos de Isis. Es urgente saber, hermanos, que ese Jeshuá viene en brazos de nuestra Madre Kundalini particular; que el Chrestos Cósmico en modo alguno podría expresarse a través de nosotros si no se convirtiera en Jesús.

En verdad existe el Logos. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, forman un todo único que entre los egipcios se llama Osiris. Él se desdobra en Isis, en la Madre Divina, en la Esposa. Él y “Ella” se aman y como resultado de su amor, “Ella” concibe “por obra y gracia del Espíritu Santo”, es decir, por obra y gracia de su Esposo. En su vientre inmaculado y virginal el Chrestos desciende; el Segundo Logos entra en su vientre, y se convierte (como se dice en “La Divina Comedia”) en el “Hijo de su Hija”, en el hijo de la Divina Madre Kundalini. Ella lo lleva en sus brazos; por eso es que Isis, siempre lleva a Horus entre sus brazos y María a Jesús.

La Divina Madre particular también lleva a nuestro Jesús íntimo en sus brazos. Cuando nosotros (habiendo amado mucho a nuestra Madre) nos hacemos dignos, dignos somos entonces o merecedores, de convertirnos en Casa de Él, del Señor.

Se dice que Él nace en un establo, a la medianoche donde están los animales, ¡sí!, los animales del deseo; y ese establo es nuestro propio cuerpo. Allí nace y después debe crecer y desarrollarse.

El Jeshuá, nuestro Salvador íntimo, individual, debe sufrir en sí mismo todas las tentaciones y vencerlas; Él debe vencer a las potencias de las tinieblas en sí mismo; Él debe vencer a los tenebrosos en sí mismo; Él debe vivir como un hombre entre los hombres, tener carne y hueso (nuestra carne, eso es claro); debe ser un hombre entre los seres que pueblan la faz de la Tierra y vencer a su paso; por eso es nuestro Salvador. Nuestro proceso psicológico se convierte en su proceso; Él debe ordenar y transformar nuestra psiquis, las preocupaciones, los deseos, etc.; Él los debe desintegrar.

Por algo se le ha llamado el “Santo Firme”, porque no puede ser vencido. Al fin, Él triunfa y entonces se cubre de gloria.

El Fuego Sagrado, personificado en Jeshuá (en nuestro Jeshuá, no en el Jeshuá histórico), es digno de toda alabanza y gloria, de señorío y majestad. Él ama a su Madre y su Madre le ama a Él.

Sólo por medio de su Madre se logra que Él nazca en el “establo interior” que llevamos, para convertirse en nuestro Salvador. Si no amamos a la Madre del Jeshuá interior, tampoco amaremos al Hijo. ¿Cómo podría el Hijo venir a nosotros si no amamos a su Madre? El que quiera amarla tiene que demostrarlo con hechos, amando a la que nos dio la vida y viéndola a ella (a la que nos dio la vida) en cada mujer.

Así pues, hermanos, se hace necesario comprender este gran misterio del Cristo y de la Divina Madre; se hace necesario volvernos simples, tolerantes y modestos, porque sólo así, mis caros hermanos, marcharemos por el camino verdadero.

Quiero que ustedes reflexionen en esto que en esta noche estamos hablando; quiero que ustedes regresen al punto de partida original, que regresen al primer amor, que reconquisten la infancia perdida en la mente, el corazón y el sexo, para que entren por la Senda de la Cristificación, de la Salvación.

Quienquiera realmente ser salvado debe saber amar. ¿Cómo se podría amar realmente a la mujer si cuando la miramos vienen a nuestra mente los pensamientos eróticos de lujuria? ¡Eso es insultarla, ofenderla! Podría objetársenos diciendo que existen infinidad de mujeres, cabareteras, etc., etc., pero ¿somos acaso jueces para juzgar al Eterno Femenino? ¿Con qué derecho lo hacemos? ¿Quién nos ha convertido en jueces del Eterno Femenino? ¿O es que nos creemos santos? ¿O es que ya recobramos la inocencia? Nosotros no debemos juzgar al Eterno Femenino, y las mismas mujeres deben ver en cada mujer una madre, las mismas mujeres deben amar a su madre, deben adorar a su Divina Madre Kundalini si es que quieren hacerse merecedoras de recibir, algún día, al “Santo Firme”.

Por allí hay una oración santa que dice: “Fuente de divinos regocijos, dirige vuestras acciones hacia nosotros. Santo Afirmar, Santo Negar, Santo Conciliar, transubstanciados en mí, para mi Ser; Santo Dios, Santo Firme, Santo Inmortal: tened misericordia de nosotros”. Este es un cántico precioso a las Tres Grandes Fuerzas Primarias del Universo. Esas Tres Fuerzas constituyen en sí mismas al Padre, a Osiris, el que al desdoblarse se convierte en Neith, en Isis y de la unión de Él y “Ella” resulta nuestro Jeshuá particular, nuestro Jesucristo íntimo propio, muy propio de nosotros, aquél que debe entrar en nosotros (en nuestro cuerpo) para salvarnos.

Muy especial en esta oración es aquello de: “Santo Dios, Santo Firme, Santo Inmortal”, porque el “Viejo de los Siglos” de la Cábala es el “Santo Dios” y el “Santo Firme” es Jeshuá, nuestro Jeshuá íntimo particular, el que incorporándose en nosotros se hace cargo de todos nuestros procesos psicológicos: de todas nuestras pasiones, sentimientos, pensamientos, etc., para transmutarlos en sí mismo; de todas nuestras tentaciones para vencerlas en sí mismo y eso no lo puede hacer sino el “Santo Firme”.

Interesante resulta también aquello de “Santo Afirmar”, “Santo Negar” y “Santo Conciliar”.

¿Por qué? Porque la Primera Fuerza es la de la Eterna Afirmación, la del Padre; la Segunda la de la Eterna Negación, la del Hijo; y la Tercera la de la Eterna Conciliación, la del Espíritu Santo. El Padre afirma, el Hijo niega, el Espíritu Santo Concilia.

¿Qué niega el Hijo? ¿Por qué se dice que el Hijo niega? Porque el Hijo niega o no quiere todo lo que nosotros queremos: pasiones, defectos psicológicos, etc. ¿Y por qué se le dice a la Tercera Fuerza “Santo Conciliar”? Porque con esa Tercera Fuerza nos reconciamos. ¿Con quién? Con la Divinidad. Me refiero en forma enfática a la Fuerza Sexual, a esa fuerza con la que nuestro cuerpo se formó, a esa fuerza con la cual nuestro cuerpo se desarrolló en el vientre de nuestra madre, a esa fuerza que nos trajo a la existencia.

¿Por qué se dice: “Transubstanciados en mí, para mi Ser, para nuestro Ser”? Porque las Tres Fuerzas Primarias del Universo: la del Padre muy amado, la del Hijo muy adorado y la del Espíritu Santo muy sabio, pasan por la transubstanciación en nosotros y para nuestro Ser. ¿Comprenden lo que esto significa, mis caros hermanos? “Transubstanciar” significa que una substancia se convierte en otra. Comprenden ahora por qué las Tres Fuerzas Primarias pasan por la transubstanciación en nosotros y para nuestro Ser? ¡Eso es algo grandioso! Es obvio que necesitamos cristalizar en sí mismos a las Tres Fuerzas Primarias.

Así pues, mis queridos hermanos, reflexionen; esfuércense en eliminar al Yo psicológico, regresen al primer amor, traten de reconquistar la inocencia en sus corazones, luchen por eso; aprendan a amar al Eterno Femenino y así algún día podrán tener la dicha de encarnar en sí mismos al Jesús particular, individual.

No quiero con esto subestimar al Gran Kabir Jesús, al que en la Tierra Santa enseñara esta doctrina. Si por algo es grande el Gran Kabir Jesús, es porque nos enseñó la doctrina del Eterno Salvador, de nuestro Salvador interior profundo, de nuestro Jeshuá particular.